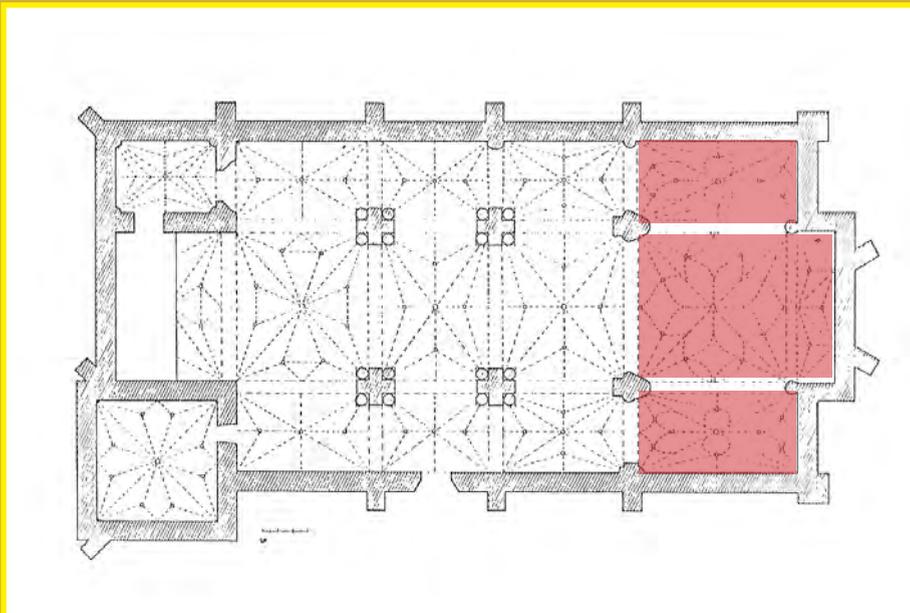


PAREDES DE NAVA

Iglesia de Santa Eulalia

Cabecera y ornato del resto de bóvedas
Hacia 1550-1560

Retirada de claves de bóvedas de las naves



Desapercibidos han pasado, hasta fechas bien recientes, los trabajos de los hermanos Corral para este edificio. A pesar de que la localidad palentina, y en particular esta parroquia, suscitó desde pronto la curiosidad de viajeros y eruditos, ninguno reparó en el indudable interés de sus ornamentadas bóvedas. Toda la atención de personajes como Ponz (1783), Quadrado (1861) u Ortega Rubio (1887), se dirigió hacia el llamativo retablo que ocupa la capilla mayor, en parte por creerlo obra del paredoño Alonso Berruguete; si bien la documentación se encargaría de desmentirlo atribuyéndolo a su sobrino Inocencio y a Esteban Jordán, que lo ejecutarían entre 1553 y 1565.

Esta obra vendría a culminar, en cierto modo, la profunda reforma a que se estaba sometiendo al templo desde el primer tercio del siglo XVI. Bajo ella aún subyace, aunque parcialmente enmascarado, su origen románico, visible en distintos puntos de las naves laterales, en los pilares cruciformes que las separan y sobre todo en el arranque de la torre. Todo parece indicar que la cubierta medieval del cuerpo de la iglesia se sustituiría en este momento, volteándose sobre sus tres naves bóvedas de crucería con terceletes. De mayor calado resultó la intervención sobre la cabecera, derruyendo por completo la obra medieval para erigirla de nueva planta. Aquí, los elementos arquitectónicos empleados (fustes estriados, trompas aveneradas, combados en las bóvedas...) y la limpieza de líneas y volúmenes obligan a plantear una fecha más tardía, en torno al segundo cuarto de la centuria.

Para este renovado espacio se concertaría aquel retablo pero, además, todo el ámbito del crucero y ábside se engalanó con ricas labores de yeso, aplicadas no solo en las bóvedas que lo cubren, sino en los arranques de los nervios, salpicando la rosca de algunos arcos e incluso en el remate de los tres paños del testero. Fue Martí y Monsó el primero en llamar la atención sobre estas decoraciones –dibujando, incluso, alguno de sus motivos–: “Atrae la atención del espectador cuando dirige la mirada hacia las elevadas bóvedas de la iglesia de Santa Eulalia, ver en el arranque de los arcos del crucero y en las claves de los mismos, medallones con bustos de alto relieve cuyo carácter de franco y bello renacimiento contrasta evidentemente con los múltiples nervios de la arquitectura gótica á los cuales se encuentran adheridos”. Y el mismo autor aquilataría la reconstrucción de la cabecera entre 1546 y 1558, incluyendo en estos años –aunque en una obra posterior– la ejecución de las yeserías y los primeros pasos del retablo.

Los dos últimos hitos constructivos mencionados se llevarían a cabo en ese mismo orden, si no de manera casi coetánea. Así, lo dilatado de la empresa de Berruguete y Jordán permite situar la hechura de los exornos de las bóvedas en las décadas de 1550 y 1560. Se retrasaría así, ligeramente, la data propuesta por Parrado, que además fue el primero en colocarlos en la nómina de los Corral de Villalpando. Situados entonces en el segundo cuarto de la centuria, en parte por su comparación con los medallones de Santa María de Mediavilla (Medina de Rioseco), labrados en 1536 y con los que guardan evidentes relaciones, hoy los estimamos obra algo posterior pudiendo haberse realizado tras la Capilla de los Reyes de la seo palentina (1548-1552).

Las tres bóvedas del crucero se articulan como tantas otras ya vistas, en las que los combados describen una cuadripétala de remates semi-circulares y conopiales. En sus nervaduras se dispusieron claves diversas, unas caladas con motivos fitomorfos, otras discoideas con tornapuntas y veneras; pinjantes con grutescos y angelitos; flores, escudetes con rosetas y cabecitas aladas de querubines, todo policromado y dorado. Los plementos de las laterales muestran una suerte de cresterías, mientras en la central se dispusieron animales monstruosos y cintas de las que penden las cartelas: INITIVM, SAPIE[N]TI[A]E, TIMOR, DOMINII (El principio de la sabiduría es el temor del Señor).

La crucería de la capilla mayor carece de combados aunque la ornamentación es la habitual en nuestros maestros: cintas, grutescos, cueros recortados, motivos *a candelieri*, cabezas de ángeles y mascarones. Completan el conjunto unas *draperies*, que recercan los tres lunetos del testero, y de las que penden frutos, querubes o escudos con los *arma Christi*; y una decena de medallones con bustos masculinos y femeninos que en realidad se reducen a los tres modelos que con variantes en su policromía ya vimos en Frómista, Rioseco o Meneses.

Una desafortunada intervención descolgó del resto de las cubiertas del templo otra serie de claves y ornatos ejecutados con el ánimo de “modernizar” su aspecto y homogeneizar la visión de las naves. Hoy se conservan acopiadas –y por suerte sigladas– en el Museo parroquial.



Paredes de Nava. Vista general de las bóvedas

Bibliografía: Ponz 1783, 263; Quadrado y Parcerisa, 1861, 221-222; Ortega 1887, 219-220; Martí Monsó, 1898-1901, 186-188; Portela 1977, 188; Zalama 1988, 361-375; Zalama 1990, 183-184.



Bóveda de la capilla mayor y ornatos del testero



Bóvedas de los brazos del crucero y ornatos de su claves y plementos



Decoración de la bóveda de la capilla mayor



Decoración de la bóveda del centro del crucero



Medallón del arranque de los nervios



Claves, medallones y adornos acopiados en el Museo